

## Aretes

Diana Soberanis Mena\*

La tía Marcela murió ayer. Mi primo Arturo trajo hace rato una caja relativamente chica, con la herencia que su mamá dejó para mí. Tenía miedo de abrirla, pues casi estaba segura de qué era. Y sí, no me equivoqué, se trataba de esos aretes de oro grandísimos que siempre traía colgados. De niña llegué a pensar que los tenía pegados a las orejas o que se le había olvidado cómo quitárselos. Eran bellísimos, pero siempre me daba una sensación muy rara cada vez que los veía. Nunca supe si era miedo, tristeza, resignación... o una mezcla brutal de todo eso. Un día me atreví a preguntarle de dónde los había sacado y, cuando me contó, entendí porqué me causaban tanta extrañeza. Eso fue a mis diez años, justo la edad que ella tenía cuando los recibió.

Esta historia es sobre mi tía y su amigo de infancia, Luar, quien llegó a trabajar al taller de orfebrería que estaba en frente de su casa. Mi abuelito siempre encargaba collares, pulseras y, sobre todo, aretes, para ella. En aquel entonces no existía mi mamá y todo era para mi tía. Luar era un niño un poco ancho, de piel achocolatada brillante, el cabello rizado y muy despeinado. Marcelita solía mirarlo asomando su cabeza por el ventanal gigante del taller, mientras le seguía el rastro a las palomas que se reunían afuera del lugar. A veces, como tratando de que no lo descubrieran, les echaba pedacitos de tortilla dura o restos de pan dulce. Mi tía también le daba ocasionalmente de comer a esas avecillas montoneras. Una tarde, cuando ella y mi abuelito fueron por su collar nuevo, se quedó afuera para darle granitos de elote a las palomas morenitas. El pequeño apareció a los pocos minutos, observando a la tía Marcela, y sus compañeras con alas, sin decir nada. Las miraba y sonreía quieto. Mi tía Marcela tomó un puñado de granitos de elote y se los ofreció al chiquillo. Él los tomó en seguida, sonriendo de esa manera tan limpia que a uno se

\* Egresada de la Licenciatura en  
Literatura Latinoamérica de la Facultad  
de Ciencias Antropológicas, Universidad  
Autónoma de Yucatán.

le olvida que el dolor es una cosa verdadera. Se quedaron ahí un ratito, sin hablar, pero riendo mucho (según mi tía hasta le dolió la panza de tanto reír). “¡Luar!” gritó una voz grisácea y sin saliva, y el niño corrió, ya sin sonrisa, para entrar al taller. Todavía recuerdo que cuando la tía Marcela me relataba esto, sus ojos cafés se le ponían agrios, resecos... suspiraba como queriendo recuperar algo.

En contra de su voluntad Luar había abandonado la primaria. Disque por flojo, pero más bien su hermano requería un chalán. Por eso el dulce niño llegaba de lunes a viernes poco antes de las 8 a. m. con un panecito redondo; mi tía que iba hacia la escuela, intentaba encontrarse con sus ojos alargados para saludarlo así, con la pura mirada. Los fines de semana mi tía se ponía poco antes de las 9 de la mañana a mirar por su ventana circular a que Luar apareciera (esos días con una bolsita de galletas de mantequilla). Casi siempre ella lograba mirarlo y que él, al notar a la curiosa de Marcelita, le sonriera discreto, le moviera un poco la manita a modo de “hola”, ¡y tantas ganas de poder alimentar juntos a las palomas pronto!, De modo que, de vez en cuando, si Luar lograba escapar de la vigilancia o se ganaba un descanso, la reunión de los pequeños y las palomas, resultaba en una fiesta para todos sus invitados.

Lástima que un día, mientras le echaban migajas de galleta y hojuelas de avena a las morenitas, el hermano mayor de Luar, un tal Patricio, se enojó mucho ante las risas del niño y la niña. Mi tía me contó que esa tarde de septiembre, Luar no había terminado de limpiar unas pulseras oxidadas, así que Patricio salió por su hermanito, arrojando gritos macabros con los ojos, como a punto de explotar de tanta rabia. Jaló a Luar del cabello revuelto y lo metió por la fuerza al taller. Marcelita que era tímida, pero muy terca, corrió hasta su casa del susto, aunque un par de minutos después regresó. El ventanal no estaba del todo cerrado. Desde ahí se asomó, con los pies en puntas, y miró los golpes que Luar recibía con los pedazos deformes y gordos de oro que servían para moldear las joyas. El niño no gritaba, no se quejaba, pero ella logró distinguir las lágrimas temerosas que le escurrían entre los sollozos casi nulos. Ahora sí, presa de un miedo nuevo, entró a su casa y gritó, gritó porque sabía que Luar también quería. Lo bueno es que mi abuelo era medio sordo desde joven y no la escuchó, o a la mejor la tía, así como las lágrimas de Luar, tenía unos gritos muy asustados, y por eso salían chiquitos, a

**Una semana pasó sin querer encontrar a Luar. Pensaba que, quizá, las lágrimas que se había aguantado, lo habían averiado de algún modo. Las palomas se posaban en los barrotes de su ventana redonda y ella las espantaba, pues no quería darles de comer sin Luar.**

pesar de que ella los sintiera como mordeduras de una jauría infinita.

Después de esa tarde Luar salía menos y, cuando lo lograba, su sonrisa discreta se notaba empolvada. Las palabras que entre ellos de por sí eran tímidas, casi se extraviaron por completo. Meros monosílabos de cordialidad.

Otro día de octubre la tía quiso ir a llevarle galletas a Luar, pues esa mañana lo miró llegar sin su típica bolsita de papel. Por la tarde emprendió la breve marcha y encontró el taller cerrado, aunque el ventanal de nuevo se hallaba un poco abierto para los curiosos (y mi tía sí que lo era). Adentro se miraba Patricio, bebiendo unas cervezas, y Luar le hacía quién sabe qué a unos retazos de plata. De pronto el niño se paró; la tía tuvo esperanza de que Luar volteara, se diera cuenta que ella estaba ahí, con sus característicos lazos anaranjados sujetándose al pelo café, y saliera para que les dieran avena y tortilla a las palomas. Pero su amigo (¡porque eso eran!) no la notó. En cambio, tropezó con un tarro de alcohol que se hallaba en el piso azulejado. ¡Pobrecito! Ojalá no hubiera estado tan cansado, así se hubiera ahorrado las patadas que su hermano mayor le dio. “Tarado, tarado” le repitió a Luar el muchacho flaco y triste que Patricio era. Esta vez mi tía Marcela no pudo percibir las lágrimas de su amigo huir, y ella, que quería llorar, tampoco pudo hacerlo. Así que se regresó a su casa, vacía del corazón como las palomas del estómago.

Una semana pasó sin querer encontrar a Luar. Pensaba que, quizá, las lágrimas que se había aguantado, lo habían averiado de algún modo. Las palomas se posaban en los barrotes de su ventana redonda y ella las espantaba, pues no quería darles de comer sin Luar. No fue sino no hasta que el abuelo llegó con un paquete grandísimo de galletas de mantequilla, y le sugirió a mi tía que le llevara un poco a su amiguito, que Marcelita entendió que debía ir a ver si Luar aun tenía la sonrisita discreta inflando sus mejillas, y tantas ganas como ella de dar alimento a sus queridas palomas.

Decía mi tía Marcela que el abuelo le empacó en un traste verde y rectangular un montón de galletas. Miró que cruzara la calle de por sí casi siempre tranquila y se metió de nuevo a la casa café. Ojalá no lo hubiera hecho, quizá juntos hubieran podido ayudar a Luar, quizá al menos el dolor que ella sintió ese sábado hubiera sido menos profundo con el transcurso de la vida, si con alguien lo hubiera com-

partido. La niñita de 10 años se asomó a la entrada del taller, donde Patricio la miró y dijo: “ahorita le hablo al enano, espéralo afuerita”. Tan poco que lo había oído hablar, pero tanto pánico que le daba a la pobre de mi tía el hermano mayor de Luar. Las palomas montoneras, sus tan queridas morenitas, ya se habían acumulado alrededor de ella. Luar salió corriendo y a propósito espantó a las aves. Era una noche de octubre (y que yo tengo hundida como aguijón entre las células), cuando la tía reconstruyó para mí aquella breve plática con Luar, como si se le hubiera quedado atorada en la garganta por décadas y apenas pudiera escupirlo.

—¡No! Luar, ya se fueron. Habrá que esperar a que regresen para darles galletas. Toma unas tú, mientras.

—No, no quiero darles de comer hoy y nunca. ¡Mejor nos comemos sólo tú y yo las galletas!

—¡No, no, no! Así no.

—¡Pues me comeré las galletas sólo yo!

—No, no te voy a dar ya nada.

Y Luar, molesto, arrebató el traste rectangular a Marcelita, dejando su contenido caer. Las palomas regresaron casi en seguida. Mi tía lo miró con sonrisa triunfal, pues al final logró lo que quería: dar alimento a las morenitas. Él la miró con los ojos enrojecidos y ella le exigió: “Llora, Luar, Llora”. Pero él fue contundente con un “no” y, segundos después, sacó de su bolsillo un trozo de oro grueso, sin forma... y lo aventó a una paloma torpe que picoteaba pedacitos de galleta junto a sus pies.

Decía la tía Marcela que la pobre morenita ni siquiera pudo emitir algún tipo de quejido. Quedó tiesa y rodeada de sangre. Marcelita sintió todo el lamento de la tierra adentro de ella, fue la más herida, triste, ahí, frente a ese cuerpecito alado sin vida que tanto amó. La tía se echó a llorar ya sin poder contenerse. Miró al ejecutor de aquel crimen sin saber qué esperar. Él no habló. No hizo nada por brindar siquiera consuelo. Aunque de pronto, y para sorpresa de mi tía, gritó, gritó como cuando algo de verdad te está quebrando, como cuando algo sabes que se te extravió para siempre. Hubo en ese instante un poco de luz entre las lágrimas de Marcelita. Pensó que Luar se quejaba por culpa, ante el pesar que su actuar le generó. Tal vez la palomita no regresaría, pero Luar sí... ¡cuánto quería ella que así fuera! Desdichada mi tía, pues, pese a sus anhelos, un tacto duro la rozó y, secándose los ojos, miró la mano de Luar

**Mi tía no lloró.  
Solía contarme que  
sí quería, pero a ella  
también se le hizo  
tosco y frío en la  
memoria aquel niño  
con piel de chocolate  
y amante del pan de  
saramuyo.**

tornándose en lo que parecía algo idéntico a aquello con lo que aplastó a la paloma.

Poco a poco, de su mano hasta su brazo, luego a su cuello, el oro tosco iba reformulando el cuerpo de Luar. ¡Ayuda! Intentó gritar mi tía, pero apenas y la pudo oír Patricio, quien estaba cerca de ellos. ¡Putra madre! Exclamó al ver a su hermano y echó a mi tía. “Lárgate, niña, Lárgate”. Cargó el cuerpo de su hermano, que cada vez tenía menos piel y más metal, y del cual no salía sonido ni expresión alguna. La tía cruzó hacia su casa, para fingir ante Patricio que lo obedeció, pero no entró. Esperó un breve lapso y retornó al taller. Empujó el ventanal que parecía cerrado, pero que no lo estaba. Paradita de puntas se asomó para ver si Luar estaría bien. El niño era ya casi oro en su totalidad. Los ojos aún se le movían, para todos lados, en busca de quién sabe qué... logró aterrizar la mirada pronto extinta en la de mi tía Marcela. Se observaron fijamente hasta que los ojos de Luar perdieron su color blanco y negro, la humedad, la luz... ya no eran ojos, ya no era Luar. Sólo el recuerdo de su ser y aquello que lo deshizo.

Mi tía no lloró. Solía contarme que sí quería, pero a ella también se le hizo tosco y frío en la memoria aquel niño con piel de chocolate y amante del pan de saramuyo. Se dijo a sí misma que era mejor suponer que aquella amistad fue imaginaria. Adentro, en ese taller de orfebrería macabro, Patricio fisgoneaba el metal que quedó de Luar. Alcanzó a oír cómo esa voz sin saliva afirmó: “ni modos, pobre del chamaco. Habrá que aprovechar este oro”.

La tarde se hizo ocaso en aquel día que Marcelita, aunque hubiera deseado que no, siempre se guardó en ese lugar sin nombre donde nos habita la oscuridad. Mi abuelito salió de su casa en busca de su pequeña. Preguntó por Luar y ella respondió que se había ido y ya no iba a regresar. “Ni modos, mi niña, tendrás que jugar sola con las palomitas”. Quizá eran las 7 de la noche cuando Marcelita le pidió a su papá que si le podía mandar a hacer unos aretes nuevos, pues vio que le llegó un montón de oro a Patricio en su taller. Mi abuelito no se lo negó, le preguntó curioso cómo quería que fueran, y ella le dijo que grandes y con forma de paloma.

Así, tras un par de días, en una caja de madera sencilla, recibió los aretes que Patricio creó a partir de los vestigios de Luar. Se los colgó prometiendo a sí misma, que los cuidaría como a sus morenitas. Y miraba de reojo desde su

ventana, cuando la nostalgia era más fuerte, cómo la gente iba y venía con joyas nuevas de oro. Llevándose petrificado, a modo de ornamento, el dolor de ella, el de su amigo; y la panza sin llenar de las palomas.

Cuando mi primo me dió la cajita de madera, pude sentir que de ahí un suplicio gigante me llamaba. Eran Luar y Marcela queriendo jugar. Eran años de silencio. Entendí, al recibir esos aretes, que se me estaba dando una gran encomienda. Ahora mismo, asustada ante tal responsabilidad, quisiera que mi tía estuviera aquí, tomando café con leche y comiendo galletas de mantequilla conmigo. Me he colgado sus aretes, aparcando el temor: suponiendo su compañía, pero sintiendo que algo me duele como no sabía que se podía doler cosa alguna. Como si un metal impasivo me hubiera aplastado la esperanza.